



Por el presidente
Thomas S. Monson

PROFETAS PARA GUIARNOS

Hace unos años me encontraba sentado en el salón del Templo de Salt Lake, donde la Primera Presidencia y el Cuórum de los Doce Apóstoles se reúnen una vez a la semana. Contemplé la pared que se halla frente a la Primera Presidencia, y allí observé los retratos de cada uno de los presidentes de la Iglesia.

Al mirar detenidamente a mis antecesores —desde el profeta José Smith (1805–1844) hasta el presidente Gordon B. Hinckley (1910–2008)—, pensé: “Qué agradecido me siento por la guía de cada uno de ellos”.

Estos son grandes hombres que nunca titubearon, nunca flaquearon y nunca fallaron; son hombres de Dios. Al pensar en los profetas modernos que he conocido y querido, recuerdo sus vidas, sus atributos y sus inspiradas enseñanzas.

El presidente Heber J. Grant (1856–1945) era el Presidente de la Iglesia cuando yo nací. Al contemplar su vida y sus enseñanzas, creo que una cualidad que el presidente Grant siempre ejemplificó fue la persistencia; la persistencia en las cosas que son buenas y nobles.

El presidente George Albert Smith (1870–1951) fue el Presidente de la Iglesia durante el tiempo en que presté servicio como obispo de mi barrio en Salt Lake City. Él señaló que existe una gran lucha entre el Señor y el adversario. “Si permanecen del lado del Señor”, enseñó él, “se hallarán bajo Su influencia y ningún deseo tendrán de hacer lo malo...”¹.

Fui llamado a prestar servicio como miembro del Cuórum de los Doce en 1963 por el presidente David O. McKay (1873–1970). Por medio de su forma de vivir, él

enseñó que debemos ser considerados con los demás. “El verdadero cristianismo”, dijo él, “es el amor en acción”².

El presidente Joseph Fielding Smith (1876–1972), uno de los escritores más prolíficos de la Iglesia, tenía como principio rector en su vida el conocimiento del Evangelio. Leía las Escrituras incesantemente y estaba más familiarizado con las enseñanzas y doctrinas que se hallan en sus páginas que ninguna otra persona que haya conocido.

El presidente Harold B. Lee (1899–1973) fue mi presidente de estaca cuando yo era niño. Una de sus citas preferidas era “... permaneced en lugares santos y no seáis movidos...”³. Él alentó a los santos a estar en sintonía con el Espíritu Santo y responder a Sus susurros.

Creo que un principio rector en la vida del presidente Spencer W. Kimball (1895–1985) sería la dedicación. Él estaba absoluta e inequívocamente dedicado al Señor. También estaba dedicado a vivir el Evangelio.

Cuando el presidente Ezra Taft Benson (1899–1994) llegó a ser Presidente de la Iglesia, me llamó a prestar servicio como su Segundo Consejero en la Primera Presidencia. El amor era su principio rector, lo cual se ejemplifica en su cita preferida, declarada por el Salvador: “... ¿qué clase de hombres habéis de ser? En verdad os digo, aun como yo soy”⁴.

El presidente Howard W. Hunter (1907–1995) era alguien que siempre veía lo bueno en los demás. Siempre fue cortés; siempre fue humilde. Fue un privilegio para mí servir como su Segundo Consejero.

El presidente Gordon B. Hinckley nos enseñó a dar nuestro mejor esfuerzo. Testificó poderosamente del



Salvador y Su misión, y nos enseñó con amor. Servir como su Primer Consejero fue un honor y una bendición para mí.

El Salvador envía profetas porque nos ama. Durante la conferencia general de octubre, las Autoridades Generales de la Iglesia volveremos a tener el privilegio de compartir

Su palabra. Tomamos esta responsabilidad con gran solemnidad y humildad.

Qué bendicidos somos de que la Iglesia restaurada de Jesucristo esté sobre la tierra y de que esté establecida sobre la roca de la revelación. La revelación continua es la savia misma del evangelio de Jesucristo.

Ruego que nos preparemos para recibir la revelación personal que llega en abundancia durante la conferencia general. Que nuestro corazón se llene de determinación al levantar la mano para sostener a los profetas y apóstoles vivientes. Que seamos iluminados, edificados, consolados y fortalecidos al escuchar sus mensajes. Asimismo ruego que estemos dispuestos a renovar nuestro compromiso con el Señor Jesucristo, Su evangelio y Su obra, y a vivir con una determinación renovada de guardar Sus mandamientos y hacer Su voluntad. ■

NOTAS

1. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: George Albert Smith*, 2011, pág. 199.
2. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: David O. McKay*, 2004, pág. 200.
3. Doctrina y Convenios 87:8.
4. 3 Nefi 27:27.

CÓMO ENSEÑAR CON ESTE MENSAJE

El presidente Monson comparte poderosas lecciones que aprendió de los profetas que lo precedieron. También nos recuerda que “el Salvador envía profetas porque nos ama”. Al ministrar a quienes usted enseñe, tal vez desee analizar de qué manera los profetas y apóstoles son una señal del amor que Dios tiene

por nosotros. Considere compartir el consejo de uno de los discursos del presidente Monson de conferencias generales pasadas. Invite a los que enseñe a prepararse para la conferencia general repasando los discursos que los hayan inspirado y ayudado a sentir el amor del Salvador.

Uno en corazón

Estudie este material con espíritu de oración y busque inspiración para saber lo que debe compartir. ¿En qué forma el entender el propósito de la Sociedad de Socorro preparará a las hijas de Dios para las bendiciones de la vida eterna?

“Y el Señor llamó Sion a su pueblo, porque eran uno en corazón y voluntad, y vivían en rectitud; y no había pobres entre ellos” (Moisés 7:18). ¿Cómo podemos llegar a ser uno?

El élder M. Russell Ballard, del Cuórum de los Doce Apóstoles, dijo: “La palabra *uno* es una parte importante de la palabra *expiación* en inglés. Si toda la humanidad comprendiera esto, no habría nadie de quien no nos preocupáramos, sin importar la edad, la raza, el sexo, la religión o el nivel social o económico; nos esforzaríamos por emular al Salvador y nunca seríamos descorteses, indiferentes, irrespetuosos ni insensibles con los demás”¹.

El presidente Henry B. Eyring, Primer Consejero de la Primera Presidencia, enseñó: “Entre aquellos que poseen [el] Espíritu podemos esperar que exista la armonía... El Espíritu de Dios nunca causa contención (véase 3 Nefi 11:29)... Conduce a la paz



Fe
Familia
Socorro

personal y a un sentimiento de unión con los demás”².

Al hablar de los desafíos familiares, Carole M. Stephens, quien sirvió como Primera Consejera de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro, declaró: “Nunca he tenido que pasar por un divorcio, ni por el dolor y la inseguridad que provienen del abandono, ni he tenido la responsabilidad asociada con ser madre soltera; no he experimentado la muerte de un hijo, la infertilidad, ni la atracción hacia personas del mismo sexo; no he tenido que soportar el abuso ni una enfermedad crónica ni la adicción; esas no han sido mis oportunidades de crecimiento.

“... pero mediante *mis* pruebas y dificultades personales... he llegado a conocer bien a Aquel que sí entiende... y además, he vivido todas las pruebas

terrenales que acabo de mencionar a través de la perspectiva de ser hija, madre, abuela, hermana, tía y amiga.

“Nuestra oportunidad como hijas que guardan los convenios de Dios no es solo la de aprender de nuestros propios desafíos; es la de unirnos en empatía y en compasión al apoyar a otros miembros de la familia de Dios en sus dificultades...”³.

Escrituras e información adicionales

Juan 17:20–23; Efesios 4:15; Mosíah 18:21–22; 4 Nefi 1:15
reliefsociety.lds.org

NOTAS

1. Véase M. Russell Ballard, “La Expiación y el valor de un alma”, *Liahona*, mayo de 2004, pág. 86.
2. Véase Henry B. Eyring, “Para que seamos uno”, *Liahona*, julio de 1998, pág. 73.
3. Carole M. Stephens, “La familia es de Dios”, *Liahona*, mayo de 2015, págs. 11–12.



Considere lo siguiente

¿De qué manera nos ayuda la unidad a ser uno con Dios?